alta dignidad: sabia que si el hombre la debia de algun modo su redencion, ella era deudora al hombre de su maternidad divina. Si no hubiera habido pecado, tampoco hubiera habido redencion; ni hubiera sido madre del Redentor si no hubiera habido pecadores que redimir. Por eso desde entonces miró á su Hijo como víctima del mundo; y á sí misma como Madre, como Abogada y Protectora de los pecadores. En su parto dió al mundo á la misma misericordia, como se explica San Bernardo, y consiguientemente conoció que el afecto dominante de su corazon habia de ser siempre la misericordia: que su propio oficio y su verdadero empleo era el interceder por los pecadores.—*Santander. Sermon de los Dolores de María.*

CAPITULO XIV.

Asi como J. C. diciendo á María Hé ahí á tu hijo, *le inspiró para con la Iglesia los tiernos sentimientos de una madre; del mismo modo al decir á San Juan* Hé ahí á tu madre, *inspiró á los fieles los sentimientos de un afecto filial, respecto á María* (a) *Conformidad maravillosa de todas las naciones católicas en su amor y veneracion á María* (b).

(a) Y uno de los capítulos, uno de los artículos de ese testamento divino es la disposicion que Jesucristo ha hecho de su propia Madre destinándola para madre de todos sus discípulos, y de todos sus discípulos destinándoles á ser hijos de su propia madre: *Ecce filius tuus. Ecce mater tua.* Aun cuando María no nos hubiera dado á luz por su amor y por sus dolores, no seria por eso menos nuestra verdadera Madre, y nosotros no dejariamos de ser sus verdaderos hijos, en virtud de la disposicion testamentaria de Jesucristo.

Porque notad bien que el testador no es tan solamente un hombre. Un testador hombre puede muy

bien, al morir, recomendar un amigo á su madre, á fin que esta lo mire como á un hijo, y su madre á un amigo, á fin que este la considere como á su madre. Pero ese testador hombre no puede, al espresar sus deseos, al manifestar su voluntad, no puede crear, hacer nacer sentimientos maternales en el corazon de su madre para el amigo, ni sentimientos filiales en el corazon del amigo para su madre. ¡Ay! semejantes deseos, semejantes voluntades de los testadores humanos son muy á menudo olvidadas, los deseos ineficaces, y las voluntades sin ejecucion.

Pero el testamento de Jesucristo es el testamento de un hombre que es al mismo tiempo Dios, cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra taumaturga cumple todo lo que espresa, cuyos deseos son creaciones.

Pronunciando pues, no con el tono de un hombre que suplica sino con la autoridad de un Dios que ordena: „Muger hé ahí á tu hijo: discípulo, hé ahí á tu madre." Jesucristo no tan solo declara, sino que hace á María nuestra madre; no le dá solamente el título de madre nuestra, sino tambien el corazon y los sentimientos. Y ved, hermanos mios, qué grandeza, qué autoridad hay en estas palabras: „Muger, hé ahí á tu hijo." Olvida por un momento que María es su madre, que él es su hijo; no se acuerda mas de sus relaciones puramente humanas con María, se acuerda que es Dios, y en su cualidad de Dios, le dice: „Muger, hé ahí á tu hijo." Es un Dios legislador que dicta una ley, y esa gran palabra será respetada. Por consiguiente, en el mismo momento, una gran creacion se obra en el corazon de la madre y en el del discípulo: da á María un corazon de madre para su Iglesia, y da á la Iglesia un corazon de hija para María. Da á Juan y á María un solo corazon y sentimientos conformes á la alta dignidad á que acaban de ser elevados.—*El R. P. Ventu-*

ra de Raulica. Sermon de los Dolores de María Sma.

(b) Trasportaos á ese solemne momento en que esclama la Vírgen celestial, al celebrar ella misma su gloria futura: ,,Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.''

Hace cerca de dos mil años, que en un oscuro rincon de este mundo, en el seno de una nacion vencida y menospreciada, la esposa de un artesano, una pobre hija de la tribu de Judá, apenas conocida en su humilde pueblo, anuncia al universo que todas las generaciones la proclamarán la muger por escelencia, la Reina del cielo, la mas dichosa de todas las criaturas.

Si Dios, H. M. en cuya presencia los siglos venideros son como si ya hubieran pasado, no hubiera hablado por boca de María: si no hubiera sido esta divina Madre de la gracia el eco vivo de la verdad misma, ¿podia acaso prever ella, podia pronosticar que seria su nombre el mayor de los nombres, despues del que el universo adora? ¿Podia por ventura anunciar con la precision de un hecho cumplido, que inundaria su gloria la tierra y que seria su culto tan estendido como la humanidad misma? ¿Podia acaso una pobre doncella adivinar que los pueblos mas civilizados del mundo la proclamarian luego Reina de los ángeles y Madre de Dios? ¿Podia por ventura leer sin el socorro del cielo, y leer con infalible certeza los carácteres de sus grandezas escritos con letras inmortales en la frente de todas las generaciones? ¿A no haber estado abierto, delante de su profética vista, el libro del porvenir, podia descubrir en él la historia de sus destinos escrita de la mano del mismo Dios?

No olvidemos que en el acto en que, con una precision divina, cuenta la bienaventurada Vírgen la historia de sus futuras grandezas, estaba el paganismo cubriendo el mundo entero. Acordémonos que en ese instante, único en los anales de los siglos, no tenia el verdadero Dios mas adoradores que en el país de Judea, en el seno

de una pequeña poblacion hecha tributaria de la idólatra Roma.

Pero, ¿profetizó acaso en vano la Vírgen de Israel? ¿Y nosotros que estamos á diez y ocho siglos del dia en que se oyó este oráculo revelador en la humilde morada de Isabel, no sabemos por ventura que el culto de la Reina de las Vírgenes ha movido á la humanidad entera, y, en este mismo momento, se halla en todos los puntos del globo?

¿Es acaso posible el equivocarse en lo que toca al cumplimiento líteral de esta divina profecía de María: ,,Todas las generaciones me han de llamar bienaventurada?''

Mas ¿cuál es pues esta muger que están invocando con un mismo amor, con una misma fé y una misma confianza el hombre de talento y el ignorante?

¿Cuál es esa Vírgen que están llamando Reina del mundo y Madre de Dios los reyes y los pueblos, los grandes y los pequeños, el rico y el pobre y hasta el niño?

¿Cuál es esa que invoca el guerrero al ir al combate, á quien invoca el marinero mientras las olas del mar están haciendo zozobrar su navio, y cuando ve entreabrirse debajo de sus piés los abismos del Océano? ¡Ay! es la que decia hace dos mil años: ,,Porque ha tenido en consideracion la humildad de su sierva, todas las generaciones me han de llamar bienaventurada.''

¿Cuál es esa muger mas pura que los ángeles, mas grande que los reyes, mas elevada que el cielo, mas fuerte que los conquistadores, cuyas grandezas han celebrado á porfia la poesía y la elocuencia, la piedad y las artes? Es la que decia: ,,Todas las generaciones ,,me han de llamar bienaventurada.''

Hijos de la impiedad, decis, que no podeis creer unos dogmas que no alcanza vuestro juicio. Está el catolicismo absorviendo con sus misterios vuestra

ciencia, esa ciencia tan pobre, tan escasa, tan ruda, que se pierde como un átomo. Mas, oidos teneis para oir y no están cerrados vuestros ojos á la luz de los hechos vivos de la humanidad. Abrid pues vuestros oidos, impíos de la tierra, oid á una humilde vírgen, á una hija desconocida y pobre que está anunciando al universo que *todas* las generaciones la llamarán bienaventurada y la darán un culto.

¿Direis acaso que no la habeis oido, que no habeis sido testigos de esta sublime escena? Pero abrid los ojos. Mirad al rededor de vosotros: ved con una rápida ojeada los pueblos mas adelantados en la civilizacion. ¿Es verdad que haya la Vírgen María conquistado, no diré su admiracion, sino sus homenages y su culto? ¿Negareis acaso la verdad de la profecía? Pero su cumplimiento, imposible de preverse, imposible de pronosticarse sin la luz eterna, esto es lo que os confunde. ¿Negareis por ventura que la Vírgen Santísima sea el objeto de un culto de piedad y amor en todas las naciones civilizadas de la tierra? Mas la voz de las generaciones pasadas y presentes, de rodillas al pié de los altares de María, cubriria vuestras blasfemias de una mengua sempiterna.

La Vírgen María, esposa de un pobre carpintero de Nazareth, profetizó su gloria, y está su gloria llenando á el universo. Pronosticó que todas las tribus de la tierra la habian de bendecir, y en el momento en que os estoy hablando, los ángeles del cielo están postrados delante de su trono, y la Iglesia del tiempo, á la par que los pueblos cismáticos la están llamando la muger por escelencia, la Madre de Cristo y la Vírgen sin mancha.

Emanando de las montañas de Judea, el culto de la Vírgen divina, semejante á un arroyuelo formado en su orígen con las lágrimas de una roca desconocida, se ha ido aumentando en su curso; se ha ensanchado, se ha dilatado atravesando los siglos, y á estas horas, mas

vasto que el Océano, está cubriendo el universo con sus beneficios, y se va mas allá del tiempo para volver á hecharse con su gloria en la profundidad sin fondo de la eternidad.

Pregunto yo, ¿han dejado los primeros discípulos de Jesucristo, los santos concilios eucoménicos, la imponente voz de los Doctores de la Iglesia, las naciones que han recibido la buena noticia, los Pontífices de Roma, los obispos del universo cristiano, los sacerdotes y los fieles, han dejado, digo, de exaltar los loores y de celebrar las virtudes de la inmaculada Vírgen?

¿Ha dejado la bóveda de los templos, desde ha mas de diez y ocho siglos, de repetir los ecos de la palabra que profetizaba sus grandezas? ¿Y, recorriendo el curso de los tiempos, no encuentra el sol de la verdad católica un altar dedicado á María en todos los parages de la tierra donde ha edificado la fé un templo á la divinidad de su Hijo?

Luego se ha cumplido el oráculo virginal en todas sus partes, y á no ha haber hablado Dios por la boca de María, ¿podia ella dominar los acontecimientos venideros? ¿Podia ella plegarlos á medida de sus esperanzas? Podia acaso mandar á los reyes y á los pueblos, á los pontifices y á los sacerdotes, á las naciones civilizadas y bárbaras que se hicieran los panegiristas de sus grandezas y los adoradores de su gloria? ¿Podia por ventura, en una palabra, encargar á los tiempos venideros que escribieran, dictándolo ella, el acto inmenso, el acto dominante de la real dignidad de su gloria sobre todas las generaciones? María ha hablado, y la tierra ha obedecido. Luego, son las grandezas de María el milagro de la omnipotencia; luego, es divina la Iglesia, que es la sola que ha recogido este imponente oráculo; luego, solo el catolicismo, en cuyo seno se cumplió este hecho dominador del mundo, es la religion del cielo y la obra maestra de Dios.—*Com-*

balot. Conferencia 21 sobre las grandezas de la Vírgen Sma. Comentario de la 3ª estrofa del cántico Magnificat.

CAPITULO XV.

El culto de María es una señal de la verdadera fé. Los hereges no entienden este misterio de amor (a).

(a) Así como por la palabra todopoderosa que Dios creador pronunció en el orígen del mundo: „Creced y multiplicaos:" *Crescite et multiplicamini*, como digo, por esta palabra poderosa que tiene siempre un eco en la naturaleza, nacemos á la vida natural; del mismo modo por esta palabra omnipotente salida de la boca de un Dios redentor: „Muger, hé ahí á tu hijo; discípulo, hé ahí á tu madre," por esta palabra del Dios redentor que se repite siempre en la Iglesia con un poderoso eco, renacemos todos á la vida de la gracia, á la filiacion de María, á los sentimientos tiernos y afectuosos por ella; por la misma gracia por la cual somos católicos, recibimos el sentimiento de tierna confianza en la proteccion y amor de María.

Es una ley que Jesucristo estableció en el Calvario y que ha impreso, que ha grabado, en el corazon de todos los verdaderos fieles, de todos los católicos. Así como no hay verdadero catolicismo sin el culto sincero á María, no hay tampoco culto sincero á María fuera del catolicismo. No os dejeis engañar, pues, por las astucias, sofismas y blasfemias de la incredulidad, del protestantismo y del jansenismo, que bajo el pretesto de celo por la gloria de Dios y de Jesucristo, ponen en ridículo el afecto, la ternura de los fieles hácia María, la confianza que tienen en su proteccion maternal. Cuando sus blasfemias no son efecto de la maldad, de la impiedad, de la hipocresía, estad seguros que nacen de una ignorancia profunda del Espíritu del Evangelio; porque el sentimiento filial de

ternura de la Iglesia hácia Maria está en el espíritu y en el sentido del Evangelio. Dejemos pues, hermanos mios, dejemos esos desgraciados con su religion de raciocinio, y quedemos nosotros con la religion de la fé; dejemos á esos desgraciados con su religion del Sinaí, y quedémonos nosotros con la religion del Calvario; dejemos á esos desgraciados con su religion de respeto, y quedémonos con la religion de amor; dejémosles con su religion tan fria como la razon, tan indiferente como el exámen, tan sombría como la duda, tan dura como el error, tan desoladora como los remordimientos y la desesperacion, y dediquémonos nosotros, á practicar con perseverancia nuestras devociones, y nuestro culto á María.—*El R. P. Ventura de Raulica. Sermon de los Dolores de María Santísima.*

CAPITULO XVI.

Misterios que encierran estas palabras de Pilatos: ved aquí al hombre: ved aquí á vuestro Rey (a) *La verdadera humanidad está solo en J. C.* (b). *Misterios que encierran las palabras del título de la Cruz.* Jesus Nazareno Rey de los Judíos (c). *Admirables relaciones que hay entre estas palabras y las de N. S. J. C.* Hé aquí á tu madre: Hé aquí á tu hijo. (d) *Cuales deben ser los verdaderos hijos de María* (e).

(a) Pilatos al presentar á Jesucristo á los Judíos, en el estado deplorable á que le habia reducido una ferocidad brutal, con una corona desgarradora en la cabeza, una caña en la mano y un andrajo de púrpura en los hombros, desfigurado por las salivas, cubierto de heridas y de sangre, no tuvo otro objeto que el de mover al pueblo á compasion. Cuando despues alzando la voz, dijo á los Judíos: Ved aquí el hombre, *Ecce homo*, quiso decirles, segun S. Gerónimo: Ved aquí el estado en que se encuentra el hombre á quien quereis hacer